Las buenas lecciones aprendidas con la malaria

Cada dólar gastado para el control de la malaria genera beneficios a la sociedad de 25 dólares.

Los grandes avances que se han hecho contra la malaria, una enfermedad que alguna vez fue endémica en todo el mundo y sigue siendo el flagelo de los países en desarrollo, constituye una de las mejores historias de los anales del desarrollo. En los últimos 15 años se han salvado más de seis millones de vidas. Y lo que es más importante aún, las lecciones de este éxito pueden y, por lo tanto, deben aplicarse a otros grandes retos del desarrollo.

La lucha contra la malaria ha experimentado un avance espectacular desde comienzos del nuevo milenio. Las tasas de mortalidad se han reducido en un 60 por ciento desde el año 2000, y en África, donde se concentra la enfermedad, las muertes se han reducido a la mitad, de 764.000 en el 2000 a 395.000 en el 2015.
Los principales actores mundiales contra la malaria son la Fundación Bill y Melinda Gates y el gobierno de Estados Unidos. El presidente George W. Bush presentó en el 2005 la Iniciativa Presidencial contra la Malaria (PMI, por sus siglas en inglés) poco después de que mi centro de estudios, el Centro del Consenso de Copenhague, efectuó el primer análisis exhaustivo de las políticas de desarrollo utilizando análisis de coste-beneficio.

Nuestro objetivo era identificar cómo lograr los mayores rendimientos por cada dólar de ayuda al desarrollo. Un panel de ocho eminentes economistas, entre ellos los premios nobel Thomas Schelling, Vernon Smith, Douglass North y Robert Fogel, analizó nuevas investigaciones y concluyó que una de las inversiones más eficaces sería el control de la malaria. Se llegó a la conclusión de que, en términos monetarios y basándose en estimaciones conservadoras, cada dólar gastado generaría beneficios a la sociedad de por lo menos 25 dólares.

Estados Unidos emprendió la causa. Un nuevo estudio efectuado por economistas de la Universidad de Carolina del Norte y de Harvard demuestra que el resultado ha sido incluso mejor de lo previsto. Hasta el 2014, ese país había gastado alrededor de 3.700 millones de dólares para salvar a 1,7 millones de niños, lo que implica un costo de solo 2.200 dólares por cada niño. Basándose en el supuesto habitual de que ahorrar un año de vida vale 3.000 dólares, el programa ha generado 33 dólares de bien social por cada dólar gastado.

El estudio examinó las tasas de mortalidad de niños menores de cinco años, comparando los 19 países que recibieron mosquiteros, insecticidas y medicinas como parte del PMI con 13 naciones que no los obtuvieron. Los países beneficiarios del programa sufrieron

un 16 por ciento menos de muertes en ese grupo de edad, al salvar alrededor de 1,7 millones de vidas de bebés y niños pequeños.

La lección es que destinar recursos considerables a soluciones de desarrollo inteligentes realmente puede cambiar el mundo y que debemos responder a otros desafíos globales con inversiones inteligentes similares.

En el ámbito de la educación, dar acceso preescolar a niños pequeños en África resulta ser una inversión de desarrollo sumamente "rentable". Por otra parte, la inversión en formación profesional suele generar rendimientos mucho menores. Si pudiéramos hacer todo, deberíamos hacerlo; pero en un mundo real con recursos limitados, primero tenemos que centrarnos en las mejores inversiones, como las de la malaria.

En salud, debemos invertir más en el control y tratamiento de la tuberculosis. Se trata de la enfermedad infecciosa más mortífera e ignorada del mundo, si bien su tratamiento es realmente barato. Cada dólar gastado rinde 43 dólares de bien social.

El dinero gastado en nutrición para niños pequeños ofrece rendimientos extraordinarios. Fortalecer productos básicos con micronutrientes vitales genera enormes retornos. En cambio, los programas para proporcionar animales de granja a las viviendas -por ejemplo, en Bangladés- resultan ser una inversión con un impacto mucho menor.

Nuevamente, primero debemos destinar los recursos limitados a los mayores avances posibles, y después pasar a la siguiente inversión más eficaz.

En un mundo en el que no faltan las buenas causas, hacer lo mejor que podamos requiere centrarse primero en las mejores oportunidades. La malaria es un caso de éxito. Si priorizamos correctamente los muchos otros desafíos que enfrentamos, podría lograrse mucho más.

Diario EL TIEMPO, 8 de Abril de 2018. Página 5.3